

ESCRÍBELO, CONCURSO DE RELATOS

TÍTULO: FUNDIRSE EN LOS RECUERDOS

SEUDÓNIMO: Don Pedro

Esa sensación.

Tendida en la alfombra, se mantuvo con los ojos cerrados, necesitaba respirar el inconfundible aroma de los dulces de ella, también ese tufo a rancio, a una casa con más polvo del que le gustaría, donde se junta el peso de los años, la dejadez y la vida amontonada, un poco a viejo, *¿cómo huele lo viejo?...*

La pelusilla por el suelo, seguramente de su perra, lo mejor de sus últimos meses. ¡Cómo habían disfrutado de verla crecer!, intentando educarla, a sabiendas que le consentían como a ningún otro perro, pero era su bebé, su compañía, su ilusión...

También se fijó en el brillo de esas baldosas de mármol, blancas a motitas negras o al revés, que recrean las formas caprichosas, un poco mate y un poco brillo... Un suelo sin pulir desde hacía mucho tiempo.

Pero sobre todo, se respiraba historia, el tiempo y los recuerdos vividos. Se olía esa nostalgia a todo, a lo que fuimos y a lo que vivimos. A lo más profundo de la familia.

No es que pudiera respirar mucho. Se ahogaba. Sabía que debía normalizar su respiración, no era momento de colapsar, aún no. Se le agolpaban los pensamientos, las reflexiones, las lágrimas y las medias sonrisas recordando momentos.

Pasó un largo rato tumbada en ese comedor, o salón cocina, tantas veces reformado, según las épocas y siguiendo los gustos inquietos que se sucedían en el tiempo...

Aún no sabía porqué se había tumbado. Recordó los momentos de pandemia, cuando tenía que hacer ejercicio en casa, y el suelo era su aliado. Pasó mucho tiempo tumbada haciendo estiramientos, planchas... Le gustaba esa sensación de fundirse con el territorio, de mirar desde abajo todo.

Se sentía sola. Sola con su recuerdo, consciente que guardaba para sí momentos únicos en familia y aún sabiendo que compartía con otros algunos de esos momentos, sabía que nunca los reuniría en torno a lo que fueron. ¡Qué difícil era!, juntar momentos y personas, hablar de ellos con alegría, con cariño... Sólo recordarlos. Nada más. No se sentía con fuerzas para hacerlo, aunque fuera lo que más deseaba.

Cuando se instala la tristeza y el dolor, los recuerdos se vuelven azules, grises, difusos. Cuando recuerdas con alegría, son rojos, amarillos, naranjas...

Le encanta pensar en colores.

El recuerdo es el mismo, pero las personas no. Cambiamos no sólo física sino emocionalmente. Ella no era una excepción. La ruptura emocional consigo misma había impregnado todo lo que sucedía a su alrededor.

Intentó pensar desde cuándo no expresaba su alegría o emoción en esas conversaciones de domingo, y cómo las necesitaba a la vez. Deseaba que cada fin de semana fuera diferente, deseaba poder reír con lo vivido, mirar con ternura a los suyos, abrazarles y romper a llorar de emociones que se quedaban contenidas en algún rincón de su ser. Contar ideas, que habían cambiado, aunque siguiera siendo ella, la misma, la de siempre. Tenía toda la emoción dentro, pero en el fondo de un gran pozo.

Sabía que llegaría el momento de lamentar eso. Sentía que estaba muy próximo.

Sólo quería respirar su esencia. Impregnarse. No olvidar los aromas. Sería lo último que olvidaría, según los expertos en recuerdos. Eso y las canciones de la familia.

Aún recordaba muchas de las que cantaba con su abuela. “*Pichi, ese chulo que camina...*” y sobre todo llenaban su vida los refranes que ella le enseñó, de todo tipo. Casi cada día dedicaba un pensamiento agradable para ella, conectaba así con el pasado.

Pero no sabía cómo serían esos pensamientos con sus padres en un futuro. ¿Los recordaría con cariño?, ¿con orgullo?, ¿con dulzura o amargura?

No tenía que pensar en ello todavía, se dijo. Respira. Toma aire.

Es inexorable el paso del tiempo, y la mella que hace en nuestras vidas. Unimos el paso del tiempo a los progresos propios y ajenos y nos olvidamos de guardar las capsulitas de esencia en nuestra memoria, lo dejamos al albur de nuestra mente. ¡Cuántas veces había recorrido su historia familiar y personal para buscar verdades y sentidos!, para saber cómo era y porqué, para encontrar una explicación a todo lo que le pasaba ahora.

Seguía tumbada. Notaba cómo comenzaba a enfriarse. Le recorría un escalofrío. Siempre estaba fría. Le encantaba sentir la mano de su niña calentita y mullida. Era una sensación inigualable cuando estaba helada y siempre agradable.

Pensó en la dura mano de su padre, curtida en el campo y en las tareas exigentes. En la de su madre, fina y bonita. Pero también recordaba los no abrazos y los besos que no se habían dado...

Sientes cómo pasa el tiempo por dentro de ti, y piensas que sólo quieres quedarte quieta, muy quieta, que todo lo demás gire como quiera, pero detener tu momento, tu pensamiento, tu historia.

No hables. Silencio.

Si haces ruido, la magia desaparece.

Pueden haber pasado horas, aunque apenas han sido unos minutos.

Quería encontrarse con su pasado antes de que llegaran. Y no podían encontrarla así, pero ya no quería moverse. ¿Y si pudiera cambiar su presente?. Seguro que su futuro sería diferente.

Es difícil doblegar las emociones cuando son tan profundas, ¿los abrazaría cuándo llegaran?, seguramente mantendría su actitud impasible, con el fuego por dentro y sobretodo con la pena por encima de la emoción.

Necesitaba mostrar calma, ayudarles con la serenidad que la situación no mostraba.

Se morían.

Lo sabía. Lo presentía con tanta fuerza que no sabía cómo gestionarlo. No podía estar alegre con ellos mientras tuviera esa certeza. ¿De cuánto tiempo disponía?, ¿cómo pensaba emplearlo con ellos?.

Prefería detenerse como ahora. Tumbada en esa esencia.

¿Cómo se duele el alma con las decepciones?.

Recordaba a su médico de gastro de hace más de 20 años. Su diagnóstico fue que “*era muy impresionable*”. A veces acuden a ella esas palabras. Quizá fuera eso. Que su piel fuera muy fina, y el cuerpo reacciona como puede, y la mente inhibe los momentos duros y ya nada es igual.

Le dolían los riñones. El suelo estaba frío y la posición, cuando se hacía consciente, era incómoda. Le recordó a los días de campamento en las montañas. A las noches en el suelo, en el campo, en el polvo, y lo feliz e ingenua que era entonces. Rescataba momentos felices cada vez que le asaltaban dudas, o dolores...

Ese estado de semiinconsciencia en el que tienes flashes de realidad, momentos que no sabes por qué te vienen a la mente.

Días atrás pensaba, que de un tiempo a esta parte, sentía cómo su mente se estaba agujereando.

Visualizaba gusanos comiéndose algunos recuerdos. Y le entraba pánico. Volvía a pensar en su abuela, en su final de vida con el maldito alzheimer, en la bonita experiencia de convivir con ella sus últimos años, y en lo duro que en realidad fue, si hubiera sido consciente de lo que sucedía...Sólo tenía recuerdos agradables de ella.

Tenía miedo. Pensar que su madre podía tener un final parecido la asustaba. Pensar en los gusanos de su cerebro le daba pánico, y eso fomentaba el estrés y los olvidos.

¿Cuántos pensamientos podemos tener en apenas unos minutos de quietud?. A veces se agolpan, otras veces tratas de atraparlos, para que se hagan infinitos, recreándose en el instante.

Escuchó el coche llegar.

¿Porqué habían elegido “el campo”? Quizá ese ambiente rural le ayudase a conectar mejor. O quizá fuera porque era el único lugar de referencia que aún seguía en pie. Pensó en tantos lugares suyos en los que había vivido con ellos: la casa del centro (*dolor en el alma, de los profundos*), el ajetreo de vivir cada dos meses en la granja durante tantos años (*un dolor más lejano*)... todo eso quedaba lejos, y ya no estaba. Como inmutable quedaba el “campo”. Ese lugar tan suyo.

Recordaba sus ratos en las bicis. Las motoretas. Siempre sería una de los “bici-voladores”. El canal, las fiestas de la “urbanización”, donde no eran muy bien acogidos, pues siempre fueron los de la casa apartada. ¡Y qué bien se estaba en ese retiro!. Las tardes de teatro y de paella. Los niños y sus juegos, los perros... Y los domingos.

Siempre los domingos. Aún en los peores momentos mantuvimos las comidas. Recordaba con amargura ahora alguno de esos momentos, y cómo eso dejó huella imborrable.

Hacía tiempo que había visto la sombra en ella. No fue repentino. Demasiados olvidos, retornos al pasado, despistes, errores; al principio, sin asumirlos, se enfadaba y justificaba su actitud con excusas. Después comenzó a reír, por todo, y se dulcificó su carácter, como sus postres, aunque liara recetas constantemente.

En algún momento, ella confundió los recuerdos de su madre, con los de su abuela y los propios, e imaginaba los gusanos de las tres por la misma cabeza... (*esa imagen la perseguía*).

Quizá no fuera confusión, sino una historia continua formada de varias personas.

¿Y si se fundiera con ese mármol antiguo?. Se imaginaba su cuerpo desintegrándose en el suelo...

Ya estaban aquí.

Se levantó de un salto apenas unos segundos antes de que entraran por la puerta. Se colocó la sonrisa de domingo. Y sintió pena de sí misma. Impotencia de no poder gritar. No era capaz de expresar todo cuanto sentía.

Su abuela decía que ella era una chica del montón. Lo decía mucho en su fase final de despiste, con una risita graciosa, y ella lo interpretaba con el cariño del que dice algo sin pensar. Tendemos a pensar que somos un poco más especial que el resto, y el baño de realidad desde tu familia te hace pensar, y todo baja, cae en picado; se recoloca cuando entiendes que sólo te decían la verdad. Ella se consolaba pensando que sería del montón de arriba, al menos.

Volvía a pensar en su abuela.

Ese tiempo que transcurre entre que eres consciente que comienza el final y el desenlace.

En ese momento estaba detenida.

Cuando pintaba le ocurría lo mismo. Iba construyendo su obra conforme avanzaba, según le iba pidiendo color, textura, dibujo. Se dejaba llevar por la fluidez del pensamiento. Escribía y vivía igual. Pensaba que esa era la forma más pura de creatividad. Se forzaba a adaptarse a cualquier situación, por imprevista que fuera. Lo entrenaba también. En su vida había tenido que lidiar con muchas cosas inesperadas que truncan el camino, en contra de su pensamiento de joven... Nuestra vida no es lineal. Nuestro pensamiento es permeable, y estar alerta pero con sosiego es la mejor actitud que puedes tener para crecer.

Es por ese motivo que sentirse bloqueada le desconcertaba. No sabía afrontar esa situación, hurgaba tan dentro en lo emocional que la paralizaba. Y le hacía dudar de todo, pero sobretodo de ella misma. El reencuentro decidiría su actitud.

El bombeo de su corazón llegaba hasta las sienes y su pecho. Recordaba esa sensación. Como si se te agolpara la vida en 3 segundos en tu cabeza y en tu corazón. Una reacción física o química que conectaba con el momento espiritual.

Había comenzado el desenlace.

De normal, intentaba no mirarles a los ojos. Ellos también rehuían, nunca fueron directos. Era consciente que se podían leer demasiadas cosas en sus ojos, y a su vez, con una mirada fugaz, intuía lo que ocurría en los ojos de sus padres.

Entró su padre. Abatido. Con los hombros bajos, la cabeza mirando el suelo, con la perra saltándole entre las piernas como tantos días, feliz de verle, aunque él estuviera triste.

Con la mirada perdida de dolor, con la voz rota. No necesitaba hablar, ni mirar, ni llorar. Todo su ser era transparente.

Lo abrazó en cuanto lo vio. Lloró por dentro. Se mordió las palabras, pues no salían.

Cuando fueron conscientes del abrazo, se separaron, como un imán que repele, como si hubieran expresado demasiado los dos.

Si hubiera tenido que escoger ascendente, lo hubiera elegido a él. Eran iguales. Con distinta formación ella, con otros estudios y trabajos, pero en definitiva, iguales. Él era su punto de partida. Ella había mejorado el carácter y la personalidad, pero la esencia era idéntica. Él continuaba siendo alegre con pequeñas cosas, ella había levantado un muro en sus sentimientos. Era rudo, protestón y sin estudios, y también sacrificado, generoso, noble, honesto...

Pensó en cómo su hijo había mejorado aún más el gen familiar, ese gen tortuoso, que come por dentro a algunos miembros de la familia, que hace estallar y enfermar, a la vez que infunde fuerza y tesón. Su padre y ella lo tenían. También sus hermanos.

Con su madre no encontraba similitud. Quizá por eso se mantuvo más cerca de ella en su infancia, o también porque su padre estuvo poco. Con el paso del tiempo, percibió que no tenían mucho en común. No conectaban, no tenían los mismos intereses, ni valores, ni aspiraciones. Esta conciencia hizo que se alejaran en espíritu, con dolor para las dos. Le resultaba difícil entender algunas decisiones, no compartía su sentido de la justicia, ni su visión de la mujer. ¡Ahí sí dolía!. No lo soportaba.

Dejó de lado otra vez esos pensamientos, que sólo la apartaban de la expresión sensible y daba mayor altura a su muro. Y se centró en él.

Ella no venía con él.

Más dolor en la mirada. Angustia y caos inicial.

¿Qué estaba sucediendo?. y ¿porqué se sorprendía?, lo había intuido, lo sabía.

Hacía mucho tiempo que había intuido algo en ella, que le dictaba cuándo sucedían momentos especiales. Eso le venía de la familia de su madre, seguro.

Ellos también habían aprendido a no contarle demasiado, a guardarse sus dificultades y sus penas. Fue un pacto no escrito en la familia. No dañar gratuitamente.

A veces era demasiado tarde.

Sus hermanos venían detrás.

Hacía mucho tiempo que no se juntaban los tres en el campo.

La alegría contenida de verse, la tristeza del momento.

Hubiera preferido seguir tumbada. Hubiera preferido deshacerse en la alfombra, fundirse en ese maravilloso lugar de familia y recuerdo.

Hoy no olía a dulce, a tarta de Santiago o buñuelos. Tampoco olía a paella.

...

Cuando algún ser querido se va, sólo queda dolor.

El luto de antaño es el dolor no contenido, es el respeto por las emociones, es el muro con los demás.

A veces el tiempo te da perspectiva y aceptación. Cuando no resuelves con la persona que se va, el tiempo reitera en el dolor, y en la certeza que corre demasiado deprisa como para no detenernos en él. No habían podido despedirse. No de una forma consciente. Fue duro. Como todas las muertes en este tiempo de tristeza. No pudo curarla, ni estar con ella en el hospital, ni cuidarla en casa...

No tuvieron tiempo de percatarse que algo iba mucho peor que su dolencia sorda y continua. Se había infectado sin saberlo, se quedaba sin aire en poco tiempo, y su padre se la llevó volando, como siempre lo hacía todo. No los avisó hasta que fue imposible estar con ella.

Después cerraron su bolsa. La enviaron directa a su casa eterna. Y ellos tampoco pudieron hacerlo todo como ella quería. ¿Cómo se piensa una muerte?. ¿Cómo se afronta la vida pensando en la muerte?.

En un instante, los pensamientos que la turbaban desaparecieron, y estalló el dolor, intenso, punzante, arrepentido, el que sí lloraba, y no podía contenerse.

No fue su alzheimer. No fue su corazón.

Cada una de esas dolencias las heredó de sus padres.

Fue la maldita pandemia. Una más entre miles de víctimas.

Ahora estaba él. Solo. Sin ella.

Habían sido inseparables. Desde los 13 años. Esas relaciones de pueblo, frescas, bonitas, duraderas, basadas en el amor y el respeto. Aprendieron juntos a adaptarse a una vida dura de trabajo en el campo, después en la ciudad, con problemas de familia, de enfermedades, de decepciones y de esperanza.

¿Cómo sería morir?, ¿lo puedes llegar a sentir?. ¿Qué pasaría después?. Ella sabe que su abuela vive con ella casi cada día, la siente cerca, pero no puede verla, no puede tocarla.

¿Se quedaría su madre con ellos un tiempo?.

En su recuerdo siempre. En el de su padre también.

Sería difícil no respirarla en los lugares compartidos, en los vídeos y fotos comunes, en sus postres y sus comidas semanales, en los momentos clave, en la vida...

Ahora debía tomar una sencilla decisión. Sencilla porque no había otro camino.

Debía estar con él.

Lloraba al pensarlo.

No se imaginaban uno sin el otro.

Ella sabía que para los hombres de esa generación era más complicado sobrevivir emocionalmente bien solos. Las mujeres eran el eje y centro de vida, la vida de hogar se centraba en ellas, y muchos no eran capaces de hacer las tareas más básicas de supervivencia. Algunos no habían aprendido ni a estar con sus hijos...

Ahora se sentían como dos extraños. Padre e hija.

Esa relación perdida. Esos reproches eternos. Ese mismo espíritu, sin embargo.

La pandemia también había cambiado muchas cosas. Eran conscientes del miedo. Había podido con ellos. Se había instalado. Sería difícil que todo fuera lo mismo.

La vida gira y vuelve. Es como una rueda. Recordó su conversación con una persona muy querida.

Nunca sabes cómo acabará lo que comenzó, bien o mal. Dejarse llevar es una opción, afrontarlo con

serenidad, con la conciencia de que ni estamos arriba ni abajo, solo girando y girando, un día estás arriba y otro abajo...

Ahora volvería a cargar con la mochila de su vida. Volvería a enfrentar el dolor contra su muro.

Volvería a disimular para él.

Pensaba en cómo quería que sus hijos la recordasen. ¡Era tan pronto!, pero tan importante tener una vida plena desde siempre con ellos. Pensó en su hija. Sintió una mezcla de alegría y tristeza. ¡Qué difícil era vivir!

No sé cómo acaba esta historia, ella sigue viviéndola cada día con la mayor gratitud.

Él intenta no ser una carga.

Ella intenta ordenar su vida, y dejar de nuevo un hueco con el que encontrarse con él cada día.

Apurando cada minuto que pasa.

El pueblo lo hace todo más fácil. Sentirse en casa con los vecinos, respirar sin impedimentos, como en los últimos meses. Volver al origen y esperar.

Esperar a reunirse de nuevo en aquel lugar del que seguro que ya hablaron.

Esperar con serenidad y agradecimiento.

De vez en cuando, intentan derrumbar otro trocito de hielo. Los dos.